

La Sombra en el Cristal

Un relato de Elara Vance

Capítulo 1: El Hallazgo

La tienda de antigüedades de Leo olía a madera vieja, a polvo y a tiempo detenido. Cada objeto tenía una historia, pero ninguno lo había llamado con tanta insistencia como el espejo. Estaba apoyado contra una pila de lienzos olvidados en el rincón más oscuro del almacén que acababa de comprar en una subasta.

Era un espejo ovalado, con un marco de plata ennegrecida labrada con extraños símbolos que no se parecían a nada que Leo hubiera visto antes. No eran florituras barrocas ni diseños art déco; parecían más bien una escritura arcana, casi viva.

Lo limpió con un paño suave. La superficie del cristal era extrañamente fría al tacto, y el reflejo que devolvía parecía... más nítido, más profundo que el de un espejo normal. Se vio a sí mismo, pero por una fracción de segundo, creyó ver a alguien más de pie justo detrás de él.

Se giró. No había nadie.

Leo atribuyó la visión al cansancio y a la luz mortecina del almacén. Decidió llevar el espejo a la parte delantera de la tienda, donde la luz del sol entraba a raudales por el escaparate.

Mientras lo colgaba en una pared de ladrillo visto, notó que los símbolos del marco parecían cambiar sutilmente de forma según el ángulo de la luz. Era una pieza fascinante. Estaba seguro de que algún coleccionista pagaría una buena suma por él.

Esa tarde, una clienta habitual, una anciana llamada Inés que colecciónaba objetos de plata, se detuvo frente al espejo.

—Qué pieza tan extraña, Leo —dijo, entrecerrando los ojos—. Tiene una energía... peculiar. ¿De dónde ha salido?

—De un lote de subasta. ¿Le gusta? El marco es único.

—Demasiado único —murmuró ella, y por primera vez en todos los años que Leo la conocía, la vio estremecerse—. Ten cuidado con los objetos que guardan más que reflejos.

Capítulo 2: El Primer Vistazo

La advertencia de Inés se quedó grabada en la mente de Leo. Esa noche, después de cerrar la tienda, se encontró de pie frente al espejo una vez más. La tienda estaba en silencio, solo rota por el tic-tac de un viejo reloj de pared.

Su reflejo lo miraba fijamente. Pero algo no estaba bien. La habitación reflejada en el espejo era la suya, sí, pero había pequeños detalles incorrectos. Un libro que él había dejado sobre el mostrador aparecía cerrado en el reflejo. La puerta del fondo, que estaba segura de haber cerrado con llave, aparecía ligeramente entreabierta en el cristal.

Se frotó los ojos. Debía de ser su imaginación.

Pero entonces, lo vio. Una sombra se movió en el fondo del reflejo. No era la suya. Era alta y delgada, una silueta sin rostro que se deslizó desde la puerta entreabierta y se detuvo justo detrás de su reflejo.

El corazón de Leo martilleaba en su pecho. Se quedó paralizado, incapaz de apartar la mirada. La figura en el espejo no se movía, simplemente estaba allí, observando a su reflejo con una quietud aterradora.

Con un esfuerzo que le pareció sobrehumano, Leo se dio la vuelta lentamente, esperando encontrarse cara a cara con el intruso.

La tienda estaba vacía.

Volvió a mirar el espejo. La sombra seguía allí, en el mundo del cristal. Lentamente, la figura levantó una mano, no hacia el reflejo de Leo, sino hacia el propio Leo, como si pudiera atravesar la barrera de cristal.

Leo retrocedió de un salto, tropezando con una alfombra y cayendo al suelo. Desde allí, con el corazón en la garganta, vio cómo la sombra se desvanecía en la oscuridad del reflejo, dejando la habitación del espejo exactamente como debía estar.

Capítulo 3: El Otro Lado

Leo no durmió esa noche. La idea de cubrir el espejo se le ocurrió, pero una extraña curiosidad, una mezcla de miedo y fascinación, se lo impidió. ¿Qué era ese mundo al otro lado del cristal? ¿Y qué quería la figura que vivía en él?

A la mañana siguiente, antes de abrir la tienda, se acercó al espejo con cautela. Todo parecía normal. Su reflejo le devolvía la mirada, ojeroso y pálido.

Decidió hacer una prueba. Colocó una pequeña figura de porcelana sobre el mostrador, a la vista del espejo. Luego miró el reflejo. La figura no estaba. En su lugar, había una pequeña llave de hierro oxidado.

Su mente se aceleró. No era una simple distorsión. El espejo no solo reflejaba una versión alterada de su mundo; parecía ser una ventana a otro lugar, uno extrañamente similar pero fundamentalmente diferente.

Movido por un impulso que no podía explicar, extendió la mano y tocó la fría superficie del espejo, justo donde debería haber estado su reflejo.

No sintió el cristal duro y liso.

Sus dedos se hundieron como si estuvieran atravesando agua helada. Una fuerza invisible tiró de él, suave pero insistente. El pánico se apoderó de él, pero ya era tarde. El tirón se hizo más fuerte, arrastrando su brazo, luego su hombro, hacia el interior del espejo.

Lo último que vio de su tienda fue cómo se distorsionaba y se encogía, como una imagen vista a través de una lente equivocada. Luego, todo fue oscuridad, silencio y el inconfundible olor a tiempo detenido, mucho más intenso que en su propia tienda. Estaba al otro lado. Y no estaba solo.